

Alejandro Farnesio, ya duque propietario de Parma y de Plasencia por muerte de su padre Octavio, pidió permiso al rey don Felipe para retirarse a Italia á cuidar de sus estados y de sus hijos. No le dió el rey ni podía darle su venia en tales circunstancias, y el duque prosiguió en Flandes. A poco de haber partido el de Leicester á Inglaterra, entregaron Ricardo Yorek y William Stanley á los españoles las fortalezas vecinas á Zutphen que aquel les habia dejado encomendadas. Acabó este golpe de indignar á los flamencos contra el desatentado gobierno del inglés, y en la asamblea general de los estados (6 de febrero, 1587) confirieron el poder de gobernador y capitán general á Mauricio de Nassau, bien que declarando, declaracion ni comprensible ni satisfactoria, que no era su ánimo despojar al de Leicester de la autoridad soberana de que le habian investido. La reina Isabel, combatida y fatigada de una parte por las quejas y graves acusaciones que diariamente le dirigian los flamencos contra su favorito, de otra por los esfuerzos que hacian el de Leicester y sus partidarios para persuadirle que era una conjuración de aquellos magnates, que ni sabian gobernarse á sí mismos ni sufrían que los gobernara otro, determinó á enviar á Flandes al lord Buckhurst, uno de sus mas prudentes consejeros, para que averiguase lo que hubiera de verdad en tan opuestos informes. El régio comisario se convenció de que eran sobradamente fundadas las quejas de las provincias, y sobrado ciertos los agravios que habian recibido del conde, y así se lo manifestó con lealtad á su reina. Pero en el corazón de Isabel prevaleció sobre la justicia y la verdad el amor del favorito, y descargó sobre el lord la indignación que merecía el de Leicester, y decretó su prisión, y trató al leal informante como hubiera debido tratar al verdadero criminal.

Habria Alejandro aprovechádose mas de las disidencias entre flamencos é ingleses, si las provincias que él dominaba se hubieran hallado menos castigadas del hambre y de la epidemia, dos plagas que, además de la guerra, las estaban consumiendo. Así con todo, propúsose conquistar á Ostende y la Esclusa, las únicas ciudades importantes de la provincia de Flandes que le faltaba reducir. Envió primeramente á Altapenne y al marqués del Vasto con un cuerpo de tropas á la Esclusa, así llamada por serlo de los cinco puertos que tiene la provincia de Flandes; plaza que por su singular posición era tenida y mirada como inconquistable. Apresuráronse no obstante á socorrerla el príncipe Mauricio y el conde de Holak, mas sin desalentarse por eso procedió el de Parma á poner en derredor su campo (mayo, 1587). No referiremos nosotros los pormenores de este laboriosísimo sitio (que el lector puede ver en las historias especiales de estas famosas guerras), del cual dijo Alejandro al rey que le habia costado mas trabajo que otro alguno, lo que se nos antojara increíble despues del maravilloso asedio de Amberes, si de ello no certificara autoridad tan incontestable. Tales y tan grandes fueron las obras que en agua y en tierra hubo que construir, los fuertes y reductos que hubo que defender y expugnar, la resistencia que hubo que vencer, los combates que fué necesario sustentar.

Durante este sitio envió otra vez la reina de Inglaterra al de Leicester con nuevos refuerzos de tropas. Reunidos en Flesinga el general inglés y el príncipe Mauricio, fueron al socorro de la Esclusa con gruesa armada y con seis mil hombres de guerra. Pero hallaron tan perfectamente cerrado el canal por industria de Alejandro, que teniendo por imposible forzarle, enderezaron su rumbo á Ostende para llevar por tierra el socorro. Rechazado tambien allí Leicester por el de Parma, volvióse á Holanda, mostrando una cobardía indigna de la gente que habia ido á mandar (julio, 1587). Ultimamente, despues de una valerosísima resistencia, reducidos los defensores de la Esclusa á poco mas de seiscientos de dos mil que eran, rindieron la ciudad al de Parma con condiciones bastante honrosas, no sin que costara á Alejandro aquel cerco tanto como las conquistas de Nus, de Venlón y de Grave juntas. La ciudad de Güeldres fué entregada tambien á Alejandro por el coronel escocés que la defendía, y en todo lo que despues intentó el de Leicester en Brabante estuvo tan desgraciado como en las empresas anteriores.

La pérdida de la Esclusa, la flojedad y poca inteligencia del

de Leicester en las operaciones militares, las noticias que se tuvieron de sus maquinaciones para alzarse con toda la autoridad de los Estados, el proceder torcido de antes y la conducta simulada y artera de ahora, acabó de conceitar contra él la enemiga y el odio de los barones y magnates flamencos. Habíase no obstante, captado el conde inglés, con cierta hipócrita devoción, gran partido con el clero protestante, el cual tomó abiertamente su defensa; con cuyo motivo recrecieron las discordias intestinas en Flandes, entre Leicester y el clero y parte del pueblo de un lado, los caudillos, magistrados y magnates de otro; las mutuas recriminaciones, las acusaciones reciprocas, las conjuraciones y los tumultos. Al fin, llamado por la reina el de Leicester, y convencido él de la imposibilidad de ver realizadas sus aspiraciones, tomó el partido de volverse á Inglaterra (diciembre, 1587), y á poco tiempo la reina Isabel, ó penetrada de la injusticia y de la incapacidad de su privado, ó por temor ya á la tempestad que veía levantarse en España contra su reino, le exigió que hiciese dimision del gobierno de las provincias flamencas, en las cuales habia dejado encendido para mucho tiempo el fuego de las discordias.

De esta suerte, los tres gobernadores extranjeros que las provincias rebeldes de Flandes habian llamado para que las ayudaran á sacudir la dominación de España, todos salieron mas ó menos agriados y mas ó menos aborrecidos, dejándolas mas divididas, mas desacordes y mas enflaquecidas que habian estado antes. Así salió el archiduque de Austria, Matías; así el francés duque de Alençon; así el inglés conde de Leicester. Testimonio visible, sobre otros muchos de parecida índole que hemos hecho notar en nuestra historia, de cuán fatales suelen ser á los pueblos estos auxiliares extraños, y de cuán cautos deben ser en invocar extranjeras armas y principes para dirimir sus civiles discordias.

CAPITULO XIX

INGLATERRA

La armada Invencible

DE 1588 Á 1590

Justas quejas de Felipe II contra la reina de Inglaterra.—Depredaciones del Drake.—Suplicio de la reina María Stuard.—Protección de Isabel á los rebeldes flamencos.—Medita Felipe una invasion en Inglaterra.—Simuladas negociaciones de concordia.—Inmensos aprestos de guerra por parte de España.—Reunion de tercios en Flandes.—Generales de mar y tierra: el marqués de Santa Cruz; Alejandro Farnesio, duque de Parma.—Procura Felipe II encubrir sus intentos.—Previénesse la reina de Inglaterra.—Armada y ejército inglés.—Muerte del marqués de Santa Cruz.—Reemplázale el duque de Medinasionia.—Sale la armada *Invencible* del puerto de Lisboa.—Avista la armada inglesa en Plymouth.—Por qué no la acomete.—Causas que impidieron á Farnesio concurrir con el ejército de Flandes.—Sobresalto de la armada española.—Navíos ardientes.—Determinación precipitada.—Furioso temporal.—Lastimosa catástrofe de la grande armada.—Regreso desastroso del duque de Medina.—Serenidad del rey.—Discúrrrese sobre las causas de este infortunio.—Desfavorables juicios que se hicieron del duque de Parma.—Justifícase de ellos.—Regresa á Flandes.—Continúa allí la guerra.—Toma algunas plazas.—Enferma.—Amotínase uno de los viejos tercios.—Castigo riguroso.—Píérdesse Breda.—Destínase á Alejandro Farnesio á hacer la guerra en Francia.

Pensar que Felipe II de España habria de sufrir con paciente resignación los muchos y antiguos agravios, los muchos y recientes ultrajes que habia recibido de la reina Isabel de Inglaterra, hubiera sido desconocer enteramente el corazón humano, y mas el corazón de los reyes, y mucho mas el del que ocupaba el trono de España en aquel tiempo.

Sobrado motivo era ya en aquella época la diferencia de religion entre los dos soberanos, la protección mas ó menos disimulada ó abierta que la reina Isabel daba á los súbditos protestantes de Felipe II, el favor mas ó menos encubierto ó desembozado que Felipe dispensaba á los súbditos católicos de la reina de Inglaterra, para que no hubiera nunca buen acuerdo, y si continuos temores de rompimiento entre los dos monarcas. Pero á los desacuerdos y diferencias religiosas, en que tal vez pudieran hacerse reciprocos cargos, se agregaban otras verdaderas ofensas en asuntos de otra índole que Isabel

habia hecho al antiguo esposo de su hermana María, prevaleciendo de lo embargadas que tenían siempre la atención y las fuerzas de Felipe tantas y tan grandes guerras y empresas en Africa, en Europa y en el Nuevo Mundo. Ella se habia apoderado, como el lector recordará, del dinero de algunas naves españolas, y su negativa al reintegro estuvo ya cerca de producir una guerra y fué objeto de repetidas reclamaciones y de negociaciones largas y enojosas.

Ella habia protegido las piraterías del famoso aventurero inglés Francisco Drake y de otros famosos corsarios en el Nuevo Mundo; y las depredaciones que este corsario habia hecho á los navíos españoles en los mares de Occidente, y el fruto de sus rapiñas en las posesiones de la América española, con ella las habia partido.

La dura y cruel tenacidad con que Isabel persiguió á la bella y desgraciada reina de Escocia María Stuard, por quien Felipe II mostró siempre tanto interés y solicitud, entre otras muchas razones, por ser católica, y con quien proyectó casar á su hijo el príncipe Carlos; la larga prisión, los padecimientos y amarguras que la hija del cruel Enrique VIII hizo sufrir á la desventurada hija de Jacobo V, eclipsando con los miserables celos y venganzas de mujer sus grandes prendas de reina; el proceso incompetente que le hizo formar, y por último, la sentencia de decapitación, y el infame deleite de ver llevar una reina al suplicio y entregar al verdugo aquella cabeza en otro tiempo orlada de diadema como la suya; toda la conducta de Isabel con María Stuard en su larga tragedia de diez y ocho años, habia dado á Felipe II, como monarca y como protector general del catolicismo, abundantes motivos de desabrimiento y de enojo con la reina de Inglaterra.

Finalmente, para no detenernos en multitud de otras causas menos graves de desacuerdo entre ambos reyes en sus dos largos reinados, tales como los proyectos de enlace de don Juan de Austria, ya con María de Escocia, ya con Isabel de Inglaterra; los auxilios prestados á don Antonio de Portugal; los que continuamente habia estado suministrando á los rebeldes de Flandes; la publicidad con que habia agasajado al duque de Alençon y dádole sus naves y sus soldados; y sobre todo la alianza solemnizada ya por un tratado formal con los protestantes flamencos, y el envío del de Leicester y su manifiesto protectorado de las provincias insurrectas, constituían un conjunto de causas cada una de las cuales hubiera bastado por sí sola para provocar las iras del monarca español (1).

Y sin embargo, Felipe aun no habia roto hostilidades con la reina de Inglaterra. Disimulaba y se prevenia meditando un golpe grande y decisivo sobre aquel reino, con el cual vengara de una vez todos sus agravios. Pero Isabel, á quien ni sobra inocencia para poder estar tranquila y contarse segura, ni faltaba talento y sagacidad para penetrar las intenciones del español y sospechar el objeto de sus silenciosos preparativos, habíase mostrado muy inclinada y dispuesta á que se acabase por un tratado de paz la antigua guerra de los Países Bajos, á los cuales en verdad no de muy buena gana habia ella dado últimamente aquella protección que tanto la comprometía. Habian abierto estos tratos, hablando á los per-

(1) Sería prolijo enumerar las quejas que reciprocamente se habian dado el rey de España y la reina de Inglaterra casi desde el principio de su reinado sobre multitud de asuntos que hoy llamaríamos internacionales, según lo que arroja la larga correspondencia que hemos leído, de los embajadores de España en Londres Guzman de Silva, don Guerau de Espés, don Bernardino de Mendoza, los gobernadores de Flandes duque de Alba, Requesens, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio, y las cartas é instrucciones de Felipe II y de sus secretarios, de los embajadores de Francia, etc.

El entendido archivero de Simancas don Tomás Gonzalez escribió con el título de Apuntamientos para la historia de Felipe II una especie de resumen histórico de las relaciones diplomáticas de Felipe con la reina Isabel de Inglaterra, formado con presencia de la correspondencia original de dicha época, el cual abraza desde el año 1558 hasta 1576, y se halla en el tomo VII de las Memorias de la Real Academia de la Historia. Puede consultarse con utilidad el que deseé mas pormenores sobre este asunto, no obstante que este apreciable trabajo podria todavía enriquecerse con las noticias que arrojan otros muchos documentos que en él no se mencionan y que existen en el mismo archivo.

sonajes mas influyentes de una y otra parte, dos ricos comerciantes, genovés el uno y flamenco el otro, establecidos el primero en Londres y el segundo en Amberes. Intervino despues en ellos, á indicación de Isabel, el rey de Dinamarca Federico II, á cuyo fin envió un embajador á Alejandro Farnesio. La buena acogida que pareció haber dispensado este al enviado y á las proposiciones de tan alto medianero, así como las disposiciones que habia manifestado á los dos comerciantes, animaron á Isabel á escribir ella misma al de Parma, invitándole ya á señalar el punto en que pudieran tenerse las pláticas para la concordia. El de Parma con mucha hidalguía contestó dejando á la reina la eleccion del lugar en que hubieran de juntarse los comisarios tratadores. Designóse en efecto provisionalmente un campo entre Ostende y Nieuport, donde acudieron los legados de Isabel y los de Farnesio, y alojáronse en tiendas soberbiamente adornadas, en medio de las cuales se levantaba un ancho y majestuoso pabellón, donde habian de celebrarse las conferencias (2).

De la poca sinceridad con que bajo tan aparentes deseos de concordia se negociaba la pacificación, deponia de una parte la expedición devastadora del Drake á Cádiz, de otra el sitio y toma de la Esclusa por Farnesio, ejecutado todo pendientes ya los tratos de paz. Del suceso de la Esclusa hemos hablado ya en el anterior capítulo. El de la expedición del Drake fué el siguiente. So pretexto de explorar los preparativos navales que se hacian en los puertos de España, fué enviado el Drake desde Plymouth á las costas españolas. El audaz corsario se dirigió á Cádiz, sorprendió, destruyó é incendió la flota que se hallaba anclada en la bahía, compuesta de navíos de guerra y de bajeles mercantes, algunos de ellos que acababan de arribar con cargamento, otros aparejados para partir á la India. De allí corrió la costa de Portugal, insultó en las aguas del Tajo al almirante español, marqués de Santa Cruz, y cuando el terrible depredador volvió á Inglaterra, fué muy bien recibido por los ingleses.

Pero de uno y otro hecho procuraban justificarse mutuamente Isabel y Alejandro, inculpando aquella al Drake, prometiéndole su castigo por haber excedido, decia, sus instrucciones, y declinando este su responsabilidad en los excesos y provocaciones de los mismos defensores de la Esclusa. Los tratos, pues, prosiguieron, y para las conferencias ulteriores se señaló Bourbourg, lugar cerca de Calais, donde se trasladaron los negociadores (mayo, 1588). Desde luego se pudo calcular que los coloquios no habian de ser breves; interesaba á Felipe II alargarlos, y así se lo habia encargado á Farnesio. Pedían los ingleses que se renovara la antigua alianza entre la Inglaterra y la casa de Borgoña; que se retiraran las milicias extranjeras de los Países Bajos, y que se dejara á los flamencos al menos por dos años la libertad de conciencia. No era posible que accedieran á estas peticiones los españoles, los cuales propusieron otras condiciones por su parte, y en réplicas de unos y de otros se invertía el tiempo.

Pero en tanto que así se aparentaba tratar de paz, Felipe, primeramente con disimulo, despues con la irremediable publicidad, habia estado haciendo inmensos aprestos de guerra. Y mientras Alejandro, de acuerdo con el rey y en conformidad á sus instrucciones confidenciales, reclutaba cuerpos auxiliares en Alemania y apercibia los tercios de Italia y de Flandes, Felipe habia hecho aparejar multitud de naves en los puertos de Flandes, de España y de Portugal. Nunca se habia visto ni mas actividad ni preparativos mas gigantescos. El papa Sixto V le estimulaba á realizar cuanto antes una empresa de que él esperaba la restauración de la autoridad pontificia en Inglaterra, y prometió ayudar á sus gastos con un millón de escudos de oro. Consultados por el rey sus generales, ingenieros y ministros á dónde convendría llevar primeramente la guerra, unos fueron de opinion que se acometiera primero á Irlanda; otros á Escocia; el secretario Juan de Idiaguez le expuso los inconvenientes y peligros de romper abiertamente

(2) Los comisarios de la reina de Inglaterra eran, el conde de Derby, lord Cobham, sir James Croft, y Dule y Rogers, doctores en derecho civil: los del rey de España, el conde de Aremburg, Perrenotte, Richardot, y Mas y Garnier.

con una nación de tantos puertos y de tanta fuerza naval como la inglesa, y que tanto daño podía causar á España así en las provincias flamencas como en los dominios de Indias, y le exhortaba á que empleara todos aquellos esfuerzos en acabar con lo de Flandes. El marqués de Santa Cruz y el duque de Parma, precisamente los dos generales que habian de mandar la expedición, opinaban que convenia antes de dirigir la armada á Inglaterra tomar algun puerto en Holanda ó Zelanda, para tener en respeto aquellas provincias, privar á Inglaterra del arrimo de los holandeses, y contar siempre con un refugio contra las borrascas y temporales. Todo le pareció al rey dilatorio; y este monarca, que con tanta calma y por tantos años habia estado meditando esta empresa, calificó ahora á sus mas prácticos y entendidos generales de nimiamente circunspectos, y resolvió que se fuese derechamente á Inglaterra, y dió el mando de toda la expedición á Alejandro de Parma, y el de la armada al marqués de Santa Cruz. El tiempo acreditó cuán prudente hubiera andado en seguir el consejo de don Alvaro de Bazan y de Alejandro Farnesio, ya que no el de Juan de Idiáquez.

Inmensos habian sido los preparativos de mar y tierra. En los puertos de Amberes, de Nieuport y de Dunkerque, en los de Italia, Andalucía, Castilla, Galicia y Portugal, se habian construido y aparejado navios de varias formas y tamaños, galeones y galeazas, al modo de aquellas que en Lepanto contribuyeron tan poderosamente á la victoria de la Santa Liga, todas espesamente artilladas, y para cuya construcción y manejo habian sido llamados los mas excelentes maestros y capitanes de Hamburgo y de Génova. Al mismo tiempo afuian á Flandes los tercios y escuadrones de infantería y caballería reclutados y levantados en España, en Nápoles, en Lombardia, en Córcega, en Alemania, en Borgoña, y casi todos los caminos de Europa se veian cruzados de cuerpos de milicia que iban á ponerse á las órdenes del príncipe de Parma. Juntáronse, pues, sobre cuarenta mil infantes y cerca de tres mil caballos, de los cuales, separados los que habian de quedar en los Países Bajos, cuyo gobierno se encomendaba al conde de Mansfeld, se destinaron á la expedición unos veintiocho mil, comprendidos los marineros. Halláronse disponibles ciento treinta bajeles grandes, sin otros menores de pasaje y de carga (1). Voluntariamente quisieron incorporarse á la empresa muchos nobles españoles, italianos y alemanes, como el duque de Pastreana y el marqués de la Hinojosa; Juan de Médicis, hermano del gran duque de Toscana; Carlos, hijo del archiduque de Austria Fernando; Amadeo, hermano del duque de Saboya, y otros hasta el número de mas de doscientos; y hasta de Francia iba Felipe de Lorena, hermano del duque de Aumale, llevado del deseo de vengar en la reina de Inglaterra la sangre de los Guisas. Para segundos jefes de la armada, cuyo general era el marqués de Santa Cruz, fueron nombrados Juan Martínez de Recalde y Miguel de Oquendo, ambos inteligentes y famosos marinos.

Por mas que Felipe II intentaba encubrir el verdadero objeto de tan extraordinarios preparativos, haciendo difundir la voz de que una parte de aquellas fuerzas la destinaba contra los rebeldes de Flandes, otra para proteger sus posesiones del Nuevo Mundo, era imposible que la reina Isabel, á pesar de las conferencias de Bourbourg, dejara de comprender, ó al menos de sospechar sus intenciones, y de prepararse, como lo hizo, á la defensa de su reino. Aunque siempre tuvo alguna

(1) Esta fuerza se dividió en veintinueve tercios: tres italianos, regidos por los maestros de campo Camilo Capissucci, Gaston de Spinola y Carlos Sipinelli; cuatro españoles, mandados por Sancho Martínez de Leiva, Juan del Aguila, Juan Manrique de Lara y Luis de Queralt; el tercio de este último era de catalanes: cinco de Alemania, cuyos coroneles eran, Juan Manrique, Ferrante Gonzaga, el conde de Aremburg, el de Berlaymont, y Carlos de Austria, marqués de Borgan; siete valones, comandados por el marqués de Renty, el conde de Bossu, Octavio de Mansfeld, el marqués de la Motta, el de Barbanzon, el de Belanzon y el de Werpe: uno de borgoñones, á cargo del marqués de Varambon, y otro de irlandeses al de William Stanley. Guiaban la caballería, el marqués de Favara, siciliano, Octavio de Aragon, hijo del duque de Terranova, y Luis de Borja, hermano del duque de Gandía, todos á las órdenes del marqués del Vasto.—Estrada, Guerras, Déc. II, lib. IX. Sacada esta relacion de la misma que envió el príncipe Alejandro desde la armada.

esperanza de evitar la guerra, estableció no obstante un consejo militar, accedió á hacer un alistamiento de todos los hombres de diez y ocho á sesenta años, hacia fortificar los puertos, formó dos ejércitos, uno de treinta y seis mil hombres al mando de lord Hunsdon para la defensa de su real persona, otro de treinta mil á cargo del conde de Leicester para la protección de la capital, pero ambos compuestos de gente bisoña, incapaz de resistir á las aguerridas tropas del duque de Parma. Dió el mando general de su armada, harto menos fuerte que la española, al lord Howard, almirante del reino; nombró vice-almirante al Drake, y puso los mejores navios á cargo de Hawkins, Forbisher y otros afamados piratas. Pidió ayuda á los flamencos, al rey de Dinamarca, á Alemania, y aun rogó al Gran Turco que no la desamparara en aquel riesgo. En cuanto al rey Jacobo de Escocia, hijo de la desdichada María Stuard, y cuyo reino era en su mayor parte católico, creyó é intentó Felipe II traerle á su partido, como á quien tenia que vengar la sangre de su madre derramada por Isabel en un cadalso. Pero aquel joven príncipe, á quien acaso un ejército español habria decidido á ser el vengador de su madre (2), despues de alguna vacilación dejóse seducir por los emisarios de Isabel, que le representaban ser el ánimo de Felipe II, una vez que lograra subyugar la Inglaterra, apoderarse en seguida de Escocia; y obrando como mal católico y como peor hijo, concluyó por prohibir á sus súbditos ayudar á los españoles, bien que su decision fuese algo tardía para la reina de Inglaterra (3).

Temian los ingleses la cooperación que podrian dar á los españoles los católicos de su mismo reino, que eran por lo menos la mitad de la población (4), cruelmente perseguidos y maltratados. Los ministros de la reina llegaron á proponer se hiciera con ellos una matanza como la de San Bartolomé, y hubieranla ejecutado, si la reina, en esta ocasion mas humana y mas justa que sus ministros, no se hubiera negado á empujar sus manos en la sangre de los que no habian dado motivo alguno de sospecha y si muchas muestras de sumision. A pesar de esto, todavia fueron encarcelados mas de diez y siete mil, y sujetos á visitas domiciliarias y á malos tratamientos todos los sospechosos en materia de religion. Concitaba el odio contra ellos el clero protestante desde los pulpitos, y sin embargo, llegado el caso, observaron los católicos la mayor circunspección y prudencia (5).

Cuando la *Armada Invencible* (que este nombre se dió á la armada española, porque como tal era por todos considerada) estaba ya cerca de partir del puerto de Lisboa, detúvola un contratiempo que debió parecer nuncio y presagio de otros mayores. El almirante de la armada marqués de Santa Cruz, el célebre don Alvaro de Bazan, el mas afamado marino de su tiempo, vencedor en tantos mares, sucumbió en pocos dias, arrebatado de una aguda enfermedad, con general pesadumbre, y no con poco sentimiento del rey (6). En su lugar nombró Felipe á don Alonso Perez de Guzman, duque de Medinasiona, extraño enteramente á la ciencia y á la práctica naval; mas como era de tan ilustre prosapia y tan aventajado en riquezas, ¿no se desdeñó la armada, dice un historiador,

(2) «Dos mil hombres, decia Leicester, enviados por el enemigo con dinero nos podrian hacer mas daño que treinta mil que desembarcaran en el reino.» Papeles de Hardwicke.

(3) Tomamos estas noticias de las relaciones comparadas de Murdin, Camden, Stowe y otros autores ingleses, con las de los italianos Estrada y Bentivoglio, y la del español Carlos Coloma que comienza su apreciable Historia de las Guerras de los Estados Bajos en este año 1588.

(4) El doctor Allen asegura que eran las dos terceras partes.

(5) Son noticias de los mismos historiadores ingleses, Camden, Hallam, Murdin, Stowe, Lodge y otros, citados por Lingard.

(6) Al decir del jesuita Estrada, unas palabras desabridas del rey fueron las que ocasionaron la muerte del insigne marino. No faltó, dice, quien acusara de lentitud la prudente parsimonia del marqués, y creyéndola el monarca le dijo: *Por cierto que me correspondeis mal á la buena voluntad que siempre os tuve.* Estas palabras hirieron la honra y el pundonor del bravo almirante, como la punta de una espada penetra y traspasa el corazon de un hombre: hiciéronle una sensacion profunda y murió á los pocos dias. «Así, añade el historiador, á muchos hombres invencibles derribó muchas veces con facilidad la punzadilla de una palabra.» Década II, lib. IX.

EMBARCACIONES DEL SIGLO XVI.—GALERAS Y GALEAZA ENGALANADA

La influencia regeneradora del buen gusto que empezó á dominar en las artes en el siglo XVI, extendióse tambien á la marina. Los barcos, al par que iban mejorando sus condiciones marineras, iban multiplicando y enriqueciendo tambien sus adornos. Las *naos* y demás barcos mercantes mejoraron poco, pero las galeras, y especialmente las pertenecientes á la escuadra real, tomaron un gran incremento, llegando su decoracion á veces á los límites del lujo conocido entonces. Siguieron siendo siempre unos barcos anchos, largos, de poco calado y poca altura sobre el agua, guarnecidos de numerosos remeros llamados *galeotes* ó forzados, y con dos palos guarnecidos de velas latinas. Su poco calado les permitia acercarse mucho á las costas, á cuyo abrigo se mantenian casi siempre; pero como frecuentemente combatian con las *naos*, que tenian mas alto bordo y las dominaban en altura, hubieron de modificar sus dimensiones y altura de bordo, y de aquí nació el tipo de las *galeazas*. Iban estas provistas de bastante artillería y en la proa tenian un castillo mas seguro y mejor que el de las galeras. El de popa tambien era mas elevado y sólido y generalmente tenian tres palos con velas latinas. A principios del siglo XVII los adornos de las galeras tomaron gran incremento, abandonándose enteramente el género gótico; viéronse engalanadas con figuras y guirnaldas, escudos y rosetones pintados de vivos colores y despues enteramente dorados. Llevaban á popa sobre el vistoso toldo de la camareta un gran *faron* ó farol extremadamente lujoso en muchos casos, pero en lo que mas rivalizaron los capitanes de mar fué en el empaquesado ó galanura de sus naves por medio de las banderas y estandartes. Tenian estas dimensiones enormes y colocábanlos con una profusion verdaderamente régia. Generalmente eran de damasco rojo con grandes imágenes pintadas ó bordadas en colores y guarnecidas de profusion de galones y borlas de plata y oro. Habíalas tambien verdes, blancas y moradas; algunas medían treinta varas de largo por cinco ó seis de ancho, y á proporcion eran sus borlas y cordones.

En las grandes solemnidades solian engalanar tambien los cascos de las galeras con multitud de estrechas cintas de colores sujetas con clavillos dorados.

Llevaban las galeras tambien un gran toldo de lona que se tendia por las noches y en las horas de calor para guarecer á los remeros que iban sobre el puente sujetos con un grillo á sus respectivos bancos.

Esta gente, llamada la *chusma*, vestíase igualmente de gala en las solemnidades, viéndose á veces á quinientos remeros vestidos todos de damasco rojo, si bien era de lana su traje ordinario.

La forma de las galeras era tan extraña que difícilmente se puede formar una idea de ella si no es viendo un modelo corpóreo ó de bulto, pues sus costados extendíanse sobre el agua para apoyar mejor los remos. Las galeazas eran mas largas, mas recogidas y cerradas, pero mucho mas pesadas y sus velas eran enormes.

En cuanto á comodidades, tanto unas como otras dejaban mucho que desear, pues en aquellos caballerescos tiempos mirábase mas á lo bello que á lo útil, desluciendo muchas veces las condiciones náuticas de un barco á fuerza de recargarlo de adornos y obras de aparato. Las galeras y galeazas montaban á proa cañones de bastante calibre y de gran alcance, pero que no podian disparar mas que en el sentido de la quilla, lo cual las obligaba en los combates á hacer complicadas maniobras. Las galeazas ya empezaron á montar pedreros en los costados, y sobre la borda llevaban tambien trabucos y otras armas de fuego. Hemos representado una galera marchando vista de proa, otra fondeada de costado y una galeaza engalanada, si bien no con todas las banderolas que colocaban en los costados y en todas partes, produciendo pintoresca confusion.